

Hasta encontrarlos...

PEDRO TRIGO

DESDE EL REVERSO DE LA HISTORIA

¡Hasta encontrarlos! grita el lema del II Congreso Latinoamericano de Familiares de Desaparecidos (Caracas 24-28 de noviembre). Ante un tema como el de los desaparecidos, ante una decisión tan definitiva como la de sus familiares debemos confesar que la reacción espontánea es tratar de escurrir el bulto y, si uno no lo logra, entrega compulsivamente la contribución pedida para regresar cuanto antes a la cotidianidad. El tema nos incomoda; lo sentimos como una amenaza. El tema de las masacres perpetradas por los cuerpos de seguridad, el de las torturas y el de los desaparecimientos son temas tabú. Pensar en ellos nos pone tristes, nos puede traer la mala suerte y de todos los modos rompe la confortante imagen nacional, tan laboriosamente construida entre todos, de un estado de derecho y de una situación ascendente hacia el progreso social y la justicia.

Nos falta una perspectiva adecuada para situarnos ante estos temas. Adquirir esa perspectiva supone traspasar las mistificaciones del orden establecido y mirar cara a cara la realidad. Y atreverse a hacerlo no sólo no resta energías sino que es el único camino hacia la paz verdadera y el rescate de nuestra condición humana y de su dignidad.

Permítaseme una extensa cita de Fermín Toro que expresa mejor que yo la necesidad que tenemos de una ruptura epistemológica, y que por datar del 1839 indica también que nuestro empeño es bien tradicional y puede remitirse a antecedentes gloriosos. Dice así el ilustre venezolano: "Tenemos otra escala para medir el estado de la sociedad, otra balanza para pesar su dicha, y faltan en el mundo los datos necesarios para hacer el cotejo. La ciencia que ha de suministrarlo está aún en su infancia. Las estadísticas están formadas según el espíritu de la sociedad europea y no según el espíritu que debe guiarnos para apreciar el estado de las sociedades humanas e investigar la suma de bien que gozan. En ellas se estiman las fuerzas, los productos, los consumos, los goces, las riquezas, absolutamente por sus masas; en

ellas la escala se forma del que tiene al que más tiene; el número de los que gozan determina el grado de prosperidad pública; quíérese, en fin, por lo positivo medir la felicidad de un pueblo, cuando el bien de la humanidad no es más que una negación. Si es verdad que el género humano no ha de dividirse en raza de víctimas y raza de sacrificadores, apreciarse debe la condición social de una nación no por el número de los poseedores, sino por el de los que carecen. Examínese dónde las fortunas están más repartidas; fórmese la escala descendente; dígase dónde hay menos seres racionales que carezcan de lo que hace la vida más llevadera, dónde hay menos que carezcan de lo absolutamente necesario, dónde hay menos de esos seres que viven en perpetua agonía y para quienes la vida es una maldición, y la creación entera, una iniquidad; y entonces diremos a punto fijo cuál es la nación más dichosa, cuál la sociedad más humana" (1).

"El bien de la humanidad no es más que una negación". Sin duda el lenguaje es provocativo, pero ineludible "si es una verdad que el género humano no ha de dividirse en raza de víctimas y raza de sacrificadores". Para nosotros esto es una verdad, y por eso no nos resignamos a esta división como si fuera un hecho fatal o una misteriosa disposición de la providencia. Porque nos sentimos llamados a "una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres" (2) hemos podido constatar la fecundidad que se origina al situarse "desde el reverso de la historia" (3). La negación es positiva: los pobres juzgan al mundo (4).

La negación tiene grados. El desaparecimiento, la tortura y la masacre, perpetrados por las fuerzas de seguridad, constituyen en esta escala de la deshumanización la trinidad de la ignominia. Cuando se convierten en sistema condenan inapelablemente a una sociedad. Ningún logro puede redimir tamaño atentado contra la dignidad humana. Estas prácticas revelan la radical depravación del "orden" establecido que las exige, demuestran que la legalidad que las ampara no es más que "violencia institucionalizada" (5), y quienes las ordenan, quienes las ejecutan y los jueces

que las amparan no son ya autoridades que puedan reclamar una obediencia en conciencia sino déspotas y criminales, y sus súbditos o vencidos o cómplices.

LUZ/VIDA VERSUS TINIEBLAS/MUERTE

Creemos que cuanto llevamos dicho resulta patente para cualquier persona que tenga un corazón de carne, para quien no haya sido corrompido por el dinero, por el poder y por la ideología encubridora que segregan. Este sentir elementalmente humano recibe de la revelación cristiana su ratificación, a la vez que su último fundamento y la esperanza firme de que su realización es posible y va. Lo mostraremos brevemente siguiendo el evangelio de Juan (6).

Juan contrapone la luz de este mundo y la luz de la vida. No se trata de maniqueísmo ya que la contraposición no es metafísica sino histórica. El mundo (en el sentido de sistema, de orden establecido) tiene una luz, un sentido, una legalidad. Si se absolutiza, eso significa que lo que el sistema valora vale y lo demás queda despojado de valor; los hombres han de caminar a la luz establecida, en caso contrario son echados fuera del sistema. El hombre resulta medido por el orden establecido, en definitiva por el Dinero (el Capital) y por el Estado. Frente a este estado de cosas Jesús proclama que la única luz digna del hombre es la luz de la vida. Por estar la vida contenida en el proyecto divino, según el cual el hombre ha sido creado, el anhelo de vida es constitutivo de su ser. El hombre percibe que está destinado a la vida plena, digna y solidaria, y que ése debe ser el objetivo de su existencia y actividad.

Pero hay hombres que "reprimen la verdad con las injusticias" (Rm. 1,18). Esa es la impiedad e injusticia que enciende la cólera de Dios (id.) A fuerza de injusticias llega a oscurecerse la verdad: la luz de la vida queda reprimida y se la sustituye por la mentira. Las tinieblas se disfrazan de luz: la ideología que alumbra engañosamente, que confunde a los hombres llamando bien al mal y mal al bien, dando a los ciegos la ilusión de la vista e impidiéndoles así desear la luz de la vida y luchar por llegar a ella.

Si la obra de Dios en Jesús consiste en dar al hombre la posibilidad de salir de la tiniebla en que se encuentra y pasar a la zona de la luz de la vida, confinar a los hombres en la tiniebla arrancándolos de la luz de la vida es la obra antagónica de Dios, es la obra del anticristo. No es un pecado más, es el pecado.

Este pecado capital segrega el pecado segundo: el de la resignación al mal, el pecado de aceptar el régimen de opresión, el pecado de negarse a dejarse interpelar por la Palabra de Vida por temor a ser arrojado fuera del sistema, a las tinieblas que construye el sistema para confinar en ellas a los que no se resignan a su mentira/muerte.

Con la venida de Jesús la lucha entre la luz de la vida y las tinieblas de la muerte ha llegado a su máxima exacerbación. Por una parte la vida (Jesús y los que se dejan llevar por su Espíritu) es irreductible al orden establecido injusto y por el mero hecho de existir desenmascara que su luz son tinieblas. Por otra parte los dirigentes que configuran este orden de muerte rechazan la luz, tienen que matarla para que no se descubra que sus obras son malas.

EL SILENCIO DE LA MUERTE Y LA VOZ DE YAVÉ

Así como el crimen de Estado y la tortura perpetrada por los cuerpos policiales representan macabramente a la muerte oponiéndose a la vida, así los desaparecimientos llevados a cabo por las fuerzas de "orden" público representan el clímax de las tinieblas queriendo apagar la luz de la vida. Frente a la Vida, silencio y sombras de muerte, tan tupidas que ni la muerte es palabra adecuada para expresar la situación. Indicios vagos y contradictorios y por fin la incertidumbre total. Se busca reducir a los opositores reales o potenciales, reducir al pueblo entero a "seres que viven en perpetua agonía" (como protestaba Fermín Toro), se pretende llevar a la sociedad a un estado de postración total. Por eso el desaparecimiento configura el atentado por antonomasia contra la esperanza. Pretende quebrar ese último hilo del que pende la luz de la vida. La esperanza, lo último que se pierde (dice el pueblo) mientras haya fe, el hilo que mantiene la dignidad humana, la resistencia contra el envilecimiento que nos propone el sistema como la única posibilidad. Eso, lo más sagrado, es lo que se busca matar.

Por eso el clamor de los familiares de los desaparecidos es nada menos que la voz de Yavé, nuestro Dios, que se di-

rige a nosotros como la vez primera, que nos reclama: "¿Dónde está tu hermano?" (Gn 4,9). La voz que nos grita "¿dónde está tu hermano?" no es una palabra más de Yavé, nuestro Dios, sino la palabra decisiva en la que se autorrevela en todas sus dimensiones. Se muestra en primer lugar como trascendente, irreductiblemente Otro. Esa voz no puede venir de nuestros deseos y necesidades, no es la sublimación de nuestro sistema. Es la voz que nos impide totalizarnos, aquietarnos en nuestra situación individual y social. Es en segundo lugar la voz de nuestro Señor, una voz que nos reclama, desenmascarando así el falso señorío del orden establecido. "Yo tengo poder para soltarte o para condenarte" dice como el gobernador romano el orden establecido, él pretende que estamos en sus manos, él es, dice, la fuente del derecho. Frente a esta pretensión se yergue la voz inapelable de Dios que nos reclama a nuestros hermanos. En tercer lugar y sobre todo en este reclamo aparece Dios como Padre, Dios Padre que nos mira como hermanos y nos exige que miremos así a los demás.

Si acallamos este clamor, nos resignamos al pecado del mundo, aceptamos como realidad esta mentira institucionalizada. No tenemos salvación porque renunciamos a la luz de la vida por amar más la gloria de los hombres que la que viene de Dios. Si con los hechos respondemos a nuestro Dios "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?" (Gn 4,10), nos cerramos el acceso a Dios porque no puede reconocer a Dios como Padre quien no reconoce al hombre como hermano.

Por eso tenemos que agradecer esa suprema determinación con que los familiares de los desaparecidos gritan "¡Hasta encontrarlos!". Esa voz que nos incomoda no hay que entenderla como la hipnosis de la muerte que aparta de la vida a quienes se entregan a ella. Por el contrario es el grito de la dignidad, de la luz de la vida que no se resigna a rendirse a las sombras de la muerte. Si cesara esta determinación absoluta de los familiares eso significaría que la verdad habría finalmente perecido ahogada por las injusticias.

Y nuestra resistencia visceral a encarar seriamente estos temas se revela entonces, no como la resistencia de la vida sana a entregarse a la necrofilia, sino como falta de fe en las fuerzas de la Vida que nos lleva a entregarnos a la simulación de una cotidianidad que, con las apariencias de la vida, vive de sus vic- timas.

DESCENDIO A LOS INFIERNOS

Desde esta fe tenemos que decir a los familiares de los desaparecidos, a los desaparecidos y a la sociedad entera que Dios traspasa las tinieblas, que las sombras de muerte no son impenetrables para él (Sal 139,11-12). Los desaparecidos no están, pues, dejados de la mano de Dios. Dios no sólo conoce sus sufrimientos sino que sufre con ellos "porque todo aquello que afecta la dignidad del hombre, hiere, de algún modo, al mismo Dios" (7). Que los sufrimientos de los hombres afectan a Dios se ha revelado sobre todo en Jesús: él ha sufrido también persecución por la justicia. Como confesamos en el Credo, él ha bajado a los infiernos que los servidores de los dioses de las tinieblas de muerte han fabricado para los hombres que siguen la luz de la vida. Jesús ha bajado al infierno a cuya puerta se lee: "dejen toda esperanza". Ha entrado al lugar de los tormentos sintiéndose abandonado de Dios y de los hombres; y sin embargo en esa experiencia consumaba su condición de Hijo y su condición de Hermano, se realizaba como creyente y como solidario. Y Dios no permitió que se perdiera en las tinieblas de la muerte. Se perdió para sus enemigos, pero está en Dios, en la Vida, y viene a nosotros como fuente de esperanza, como esperanza contra esperanza, como esperanza más allá de las posibilidades del orden establecido.

Pero esta proclamación de nuestra fe sólo cobra sentido cuando se convierte en testimonio, es decir cuando la hacemos verdad con nuestra vida. Los familiares de los noventa mil desaparecidos al gritar "¡Hasta encontrarlos!" se convierten en testigos de la luz de la Vida. Y nosotros, si no queremos convertirnos en cómplices de los asesinos, tenemos también que luchar por romper este silencio de muerte. En su grito ha sonado para nosotros la voz de Yavé, nuestro Dios. "Ojalá no endurezcamos nuestros corazones".

NOTAS:

- 1) Toro, Fermín, Europa y América. En la Doctrina Conservadora/Fermín Toro 1. Presidencia de la República, Caracas 1960, pp. 51-52.
- 2) Puebla No. 1134.
- 3) cf. Gutiérrez, Gustavo: Teología desde el reverso de la historia. CEP, Lima 1977.
- 4) Cf. Mt. 25,31-46.
- 5) Medellín, 2,6.
- 6) Nos ha servido la lectura de Mateos, Juan y Barreto, Juan: El evangelio de Juan. Cristiandad, Madrid 1979.
- 7) Puebla: Mensaje No. 3.